

# Cinco interpelaciones de la pandemia a la fe cristiana

---

**Víctor Codina, S. J.**  
**Cristianisme i Justícia**  
**Barcelona, España**

En esta pandemia, junto a los mensajes siempre negativos sobre la salud y la economía, aparecen voces alternativas, positivas y esperanzadoras. Algunos recurren a la historia para recordarnos que la humanidad ha pasado y superado otros momentos de pestes y pandemias. Otros señalan que la pandemia nos concentra en valores esenciales como la vida, el amor y la solidaridad, y nos obliga a relativizar muchas cosas, que hasta ahora creíamos indispensables e intocables.

Ha caído nuestro orgullo de ser protagonistas omnipotentes del mundo moderno, señores de la ciencia y del progreso. Ahora, nos sentimos más interdependientes, todos dependemos de todos, todos somos vulnerables. También surgen interrogantes que nos interpelan de modo especial a los cristianos. Aquí nos concentraremos en cinco de esas cuestiones.

## **1. ¿Dónde está Dios?**

Los creyentes de tradición judeocristiana nos preguntamos por el silencio de Dios en esta epidemia. ¿Por qué Dios lo permite y calla? ¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros? ¿Hemos de devolver a Dios el billete de la vida, como quiere hacer Iván Karamazov, en *Los hermanos Karamazov*, al ver el sufrimiento de los inocentes? ¿Dónde está Dios?

No estamos ante un enigma, sino ante un misterio, un misterio de fe que nos hace creer y confiar en un Dios Padre-Madre creador, que no castiga, que es bueno y misericordioso, que está siempre con nosotros, que es el Emanuel. Asimismo, creemos y confiamos en Jesús de Nazaret, que viene a darnos vida en abundancia y se compadece de los que sufren. Y creemos y confiamos en un Espíritu vivificante, Señor y dador de vida. Y esta fe no es una conquista, sino un

don del Espíritu del Señor, que nos llega a través de la Palabra, en la comunidad eclesial.

Elie Wiesel, un pensador judío, sobreviviente del campo de concentración de Auschwitz y premio Nobel de la paz, cuenta que, según una vieja tradición judía, Dios, de vez en cuando, al ver el sufrimiento del pueblo, se encierra en un lugar desconocido para llorar.

Esto no impide que, como Job, al ver tanto sufrimiento, nos quejemos ante Dios y nos querrellemos con él. Tampoco impide que, como el *Qohelet* o *Eclesiastés*, constatemos la brevedad, la levedad y la vanidad de la vida.

No obstante, no hemos de pedir milagros a un Dios que respeta la creación y nuestra libertad, y que quiere que colaboremos en la realización de este mundo limitado y finito. Jesús no nos resuelve teóricamente el problema del mal y del sufrimiento, sino que, a través de sus llagas de crucificado-resucitado, nos abre al horizonte nuevo de su pasión y resurrección. Jesús, con su identificación con los pobres y los que sufren, ilumina nuestra vida.

¿Dónde está Dios? Está en las víctimas de esta pandemia, en los médicos y sanitarios que los atienden, en los científicos que buscan la vacuna, en todos los que en estos días colaboran y ayudan para solucionar la crisis, en los que rezan por los demás, en los que difunden esperanza.

La Iglesia nos propone un salmo de confianza, en la hora litúrgica de las Completas, antes de ir a dormir:

Di al Señor: refugio, baluarte mío, mi Dios en quien confío.

Pues él te libra de la red del cazador, de la peste funesta: con sus plumas te protege, bajo sus alas hallas refugio: escudo es su fidelidad (Sal 90,2-7).

Quizás la pandemia nos ayude a encontrar a Dios donde no lo esperábamos.

## 2. ¿Qué hay más allá de la muerte?

Hace poco, en un periódico, una psicóloga recomendaba no ocultar la realidad de la muerte a los niños. No decirles que la abuelita se ha ido o está de viaje, sino que ha muerto. Por eso, aconsejaba informar progresivamente a los niños de la enfermedad, de la gravedad y, finalmente, de la muerte de la abuela. Hasta aquí todo es correcto, pero los niños, que hacen las preguntas que los adultos no nos atrevemos a formular, seguramente seguirán preguntando: ¿Y dónde está la abuela?

La respuesta dependerá de cada familia. Muchas veces, los adultos tenemos más preguntas que respuestas, pues estamos ante un misterio: ¿acaba todo aquí? ¿Desaparecemos en el espacio infinito? ¿Nos reducimos a unas cenizas que se echan al mar o que se guardan en una urna? La pandemia ha hecho reaparecer estas preguntas de siempre, muchas veces olvidadas, casi tabú.

Estas son las preguntas que siempre se ha hecho la humanidad y a las que, a lo largo de la historia, ha ido dando respuestas diferentes, pero en el fondo convergentes: no todo acaba aquí, hay algo más allá. Hay una trascendencia, désele el nombre que se quiera. El agnosticismo actual es un fenómeno occidental típicamente moderno.

También la tradición judeocristiana ha buscado responder. Pero la respuesta no se clarifica plenamente hasta el evangelio. Jesús es la resurrección y la vida (Jn 11,25). Ha resucitado, ya no muere más. Estuvo muerto, pero vive y tiene las llaves de la muerte y del reino de la muerte (Ap 1,18). La muerte ha sido vencida para siempre. Y así como el Padre, por el Espíritu, resucitó a Jesús, también nos resucitará a nosotros (Rm 8,11). Estamos ante el misterio pascual.

La representación de la resurrección de los artistas de la tradición occidental latina pinta a Jesús saliendo glorioso del sepulcro, ante el desconcierto de los guardias, y apareciéndose a las mujeres. Pero en los iconos de la Iglesia oriental, la resurrección aparece como el descenso de Jesús al lugar de los muertos, de donde sale victorioso, lleno de luz y de vida, llevando de la mano a Adán y Eva, símbolo de toda la humanidad. La resurrección de Jesús es victoria definitiva sobre la muerte y esperanza para todos. Esto es lo que celebramos anualmente en la fiesta de pascua y semanalmente en la eucaristía del domingo, el día del Señor resucitado.

Pero esta esperanza positiva en la resurrección, ha llevado muchas veces a que algunos sectores de la Iglesia formulen expresiones pesimistas del mundo y la tierra. El ser humano es polvo. La tierra es un valle de lágrimas. Hay que huir del mundo y salvar el alma para ir al cielo. Estas expresiones han sido fomentadas muchas veces por una pastoral del miedo al juicio y a la condenación. Esto dio pie para que el pensamiento moderno ilustrado lanzara la sospecha de que la religión infantiliza y aliena. Promete un cielo inexistente y anestesia para no contribuir a la transformación del mundo.

Desde el Vaticano II, como reacción necesaria, gran parte de los documentos y de la pastoral de la Iglesia han acentuado la imagen de un Dios misericordioso y la necesidad del compromiso cristiano en la historia: defender la vida amenazada, luchar por la justicia, salvaguardar la creación, solidarizarse con los últimos, bajar de la cruz a los crucificados de la historia, construir el reino de Dios.

No obstante, en los últimos años, se ha opacado la alusión a la cruz, las postrimerías y a la escatología, es decir, a lo último y definitivo de la vida. Casi no nos atrevemos a hablar del cielo, que la Escritura presenta como un banquete de gozo y comunión. Más aún, muchos cristianos siguen hablando del “más allá” con categorías más filosóficas que cristianas, al igual que Sócrates o Cicerón: en la muerte, el alma se libera, no morimos totalmente, el cuerpo muere, pero el alma permanece. Estas afirmaciones no son erróneas, pero sí una forma griega de pensar, tal como aparece en el libro de la Sabiduría.

La esperanza cristiana no se fundamenta en filosofías, sino en la fe en la resurrección de Jesús, en la pascua, en el Espíritu que lo resucitó y que resucitará a quienes creen en él y lo siguen, y a quienes, aunque no hayan conocido a Jesús, buscan la verdad en las diversas religiones, siguen su conciencia y aman a los demás.

Estamos, pues, ante un misterio. Pero la resurrección de Jesús es el fundamento de nuestra esperanza. Es el mensaje que los ángeles transmitieron a las mujeres que al amanecer fueron al sepulcro a buscar a un muerto: “No está aquí, ha resucitado” (Mt 28,5). La fe en el Resucitado nos debe llevar al compromiso con los últimos y a buscar un mundo mejor y diferente, pues otro mundo es posible y necesario. Esta esperanza pascual es la que puede confortarnos e iluminarnos en la dolorosa situación de la pandemia.

Volvamos a la primera cuestión. Cuando los niños pregunten dónde está la abuela, la familia puede decirles que está en “el cielo”. Si los padres son creyentes cristianos, pueden añadir que estar en el cielo quiere decir estar simplemente feliz con Jesús y los seres queridos y que, un día, todos podrán encontrarse con ella allí. Mientras tanto, que los niños recuerden el cariño de su abuela, su fe en Dios y su amor a los pobres.

### **3. Las iglesias cerradas, ¿son un paréntesis pastoral?**

Una de las consecuencias de la pandemia ha sido el cierre de los lugares de culto, de todas las iglesias y los templos. También, las bendiciones *urbi et orbi* de Francisco tuvieron lugar ante una plaza y una basílica de san Pedro vacías. Muchos auguraron una cuaresma y una semana santa muy pobre, sin celebraciones litúrgicas, sin vía crucis, ni procesiones.

Sin embargo, ha sido una semana santa sumamente profunda y rica. No solo por la participación mediática en las ceremonias, sino por algo más hondo: vivir de cerca la pasión del Señor, en la pasión y el sufrimiento de los enfermos, leer el evangelio y orar en familia, ayudar a los mayores solitarios y colaborar con los vecinos, agradecer a médicos, sanitarios, transportistas, trabajadores de las farmacias y supermercados, voluntarios que reparten alimentos. Los protagonistas de esta semana santa recién pasada no han sido los curas, ni siquiera las transmisiones mediáticas, sino las familias, los laicos y laicas y los jóvenes. Se ha promovido una Iglesia doméstica, cuyos protagonistas son los laicos y laicas. ¿No han sido siempre los padres, no el párroco, quienes han enseñado a rezar a los niños antes de ir a dormir? Donde hay dos o tres reunidos en el nombre del Señor, Él está en medio de ellos.

Quizás muchos piensan que el cierre de los templos ha sido solo un paréntesis pastoral, ya que pronto se podrá retornar a la situación anterior. Otros, entre ellos el sociólogo checo Tomáš Halík, afirman que este es un tiempo favorable y

de gracia, un *kairós*, un signo de los tiempos, en el cual Dios nos quiere revelar algo. ¿Qué quiere decirnos Dios? Por un lado, la respuesta es personal. Pero, por otro, a nivel eclesial, quizás el Espíritu nos invita a pasar de una Iglesia clerical, centrada en la actividad sacramental, a otra evangelizadora.

La Iglesia sacramentalista se concentra en la administración de los sacramentos, suele considerar al clero como su protagonista y erige el templo en su centro de referencia. Simultáneamente, margina a los laicos y laicas y descuida la evangelización, el anuncio de la Palabra, la iniciación en la fe y la formación cristiana, la oración, la formación de la comunidad cristiana y del laicado responsable y solidario con los pobres y marginados.

En cambio, la Iglesia evangelizadora pone en práctica lo que Jesús hizo. Ante todo, anunciar la buena nueva del reino de Dios, curar a los enfermos, comer con los pecadores, dar de comer a los hambrientos y liberar de toda opresión y esclavitud. En esto consiste el programa que Jesús anunció en la sinagoga de Nazaret: dar vista a los ciegos, liberar a los cautivos, evangelizar a los pobres y anunciar la gracia y la misericordia de Dios.

En la última cena, Jesús, ciertamente, instituyó la eucaristía como pan de vida eterna. Sin embargo, el evangelio de Juan sitúa en ella el lavatorio de los pies y el mandamiento nuevo del amor fraterno. De esa manera, la dimensión litúrgica es complementada con una dimensión más existencial, con lo cual evita que la eucaristía se convierta en un mero rito vacío. No se trata de minusvalorar u olvidar los sacramentos, sino de valorarlos como “signos sensibles y eficaces de la gracia”. Siempre a la luz de la fe y la Palabra, para que no se conviertan en magia y pasividad. Es por eso que toda celebración sacramental está precedida por la celebración de la Palabra de Dios. El concilio Vaticano II afirma que la misión primera de los obispos y los presbíteros consiste en anunciar dicha palabra.

Indudablemente, “la eucaristía hace la Iglesia” y, sin ella, esta no alcanza su plenitud. Ahora bien, esta afirmación debe ser completada con su contraparte: “la Iglesia hace la eucaristía”. La comunidad, presidida por sus pastores, es la que celebra la eucaristía. Sin el tejido de una comunidad eclesial, no hay eucaristía. En términos teológicos, los sacramentos unifican la dimensión objetiva de la gracia (*ex opere operato*) con la dimensión subjetiva y personal de la conversión y la fe (*ex opere operantis*).

El cardenal Jorge Mario Bergoglio, en el cónclave que lo eligió obispo de Roma, hizo una interpretación original de Apocalipsis 3,20, “Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y comeremos juntos”. Por lo general, se dice que el Señor quiere que le abramos la puerta para entrar en nuestra casa y cenar con nosotros. Pero Bergoglio dijo que lo que el Señor nos pide ahora es que le abramos la puerta y lo dejemos salir a la calle. Por eso, Francisco habla de “una Iglesia en salida” hacia las fronteras, una Iglesia

hospital de campaña, que huele a oveja. Una Iglesia que encuentre a Cristo en las heridas del pueblo y la Iglesia, que cuide de la casa común, que callejee la fe, así como María fue a toda prisa a visitar a su prima Isabel.

No se trata de convertir a la Iglesia en una organización no gubernamental o en una mera obra social, ya que la eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de Jesús, es la cumbre de la vida cristiana. Pero esa cumbre solo se alcanza por el camino de la fe y del seguimiento de Jesús.

Cuando se quemó la catedral de Notre Dame de París, enseguida surgieron propuestas para reconstruirla, puesto que es un símbolo religioso y artístico de la Iglesia medieval. Sin embargo, cabe preguntarse si lo urgente hoy es reedificar templos convertidos en museos para turistas, o si más bien tendríamos que reconstruir, ante todo, la fe y el tejido eclesial de la comunidad cristiana.

#### **4. ¿Qué hacer cuando se nos cierran las puertas?**

Después de algunos meses de pandemia, en los cuales las noticias se concentraron exclusivamente en temas de salud, ahora el tema central es el económico —la terrible crisis que se avecina, las empresas que cierran, el aumento del desempleo, etc. Ahora, las preguntas exploran el futuro, un futuro lleno de incógnitas sociales, económicas, culturales, políticas, científicas, tecnológicas, ecológicas y humanitarias. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué futuro nos espera como familia, como país y como humanidad? ¿Qué sentido puede tener la vida enfrentada a tantas interrogantes?

Sabemos que la pandemia ha sido causada por un virus letal, pero no sabemos hacia dónde vamos. Sociólogos, politólogos, economistas y pensadores nos ofrecen teorías sobre el futuro, con más dudas que certezas. La utopía y el sueño de un futuro mejor han desaparecido. Y así como en un primer momento, muchos preguntaban a los creyentes si tenían una palabra de consuelo para superar el dolor y el miedo, ahora nos preguntan si tenemos alguna palabra de esperanza de cara al futuro. ¿Nos ha abandonado Dios en medio de la tormenta? ¿Somos unos pobres náufragos que no sabemos de dónde venimos ni hacia dónde vamos? ¿Tiene sentido esta vida?

La tradición judeocristiana no solo habla de un Dios creador de todas las cosas, sino, ante todo, de un Dios Yahvé que estará siempre con su pueblo, de un Dios de la historia y de la promesa, que libera de la opresión. Un Dios que, con Jesús, entra en la historia, se encarna y ofrece un proyecto vital de filiación y fraternidad, en comunión con la naturaleza, llamado reino de Dios. Y este Jesús, muerto y resucitado por nosotros, nos ha entregado su Espíritu. Es un Dios-con nosotros. Un Dios que cuenta con nosotros para construir un mundo solidario, justo y pleno de vida, y por tanto, muy diferente al actual. La construcción de ese mundo exige transfigurar la realidad y abrir el futuro a una nueva tierra y a

una vida sin fin. Así, pues, hay utopía, esperanza y sentido, aun cuando a veces caminemos en la oscuridad de la noche. Dios no nos abandona nunca.

Hay un texto de los Hechos de los apóstoles un tanto desconcertante. El Espíritu Santo no consiente que Pablo predique la Palabra en Asia ni en Bitinia. Sin embargo, esa noche, en el sueño, Pablo ve a un macedonio que le suplica que vaya a Macedonia a ayudarlos. Al día siguiente, Pablo contó la visión a sus compañeros y todos decidieron viajar a Macedonia, Filipos, Atenas y, finalmente, a Roma (Hch 16,6-10). El Espíritu cerró las puertas a la predicación en las comunidades de origen judío, pero las abrió a los gentiles. Seguramente, Pablo no entendió del todo su vocación hasta el final de su vida, cuando en Roma, dice a los judíos que la salvación de Dios ha sido proclamada a los paganos (Hch 28,28). Y así concluye el libro de los Hechos de los apóstoles.

Hoy podemos afirmar, en una posible actualización del texto, que el Espíritu Santo nos está cerrando las puertas no solo de comercios, hoteles, fábricas, escuelas, estadios y templos, sino también de un tipo de sociedad, de economía, de política, de investigación y de ecología, que no genera vida, sino discriminación y violencia. El antropocentrismo tecnocrático moderno y el sistema económico vigente provocan muerte y víctimas. No es extraño entonces que el Espíritu cierre puertas y que eso nos produzca la sensación de caos, confusión, fracaso e incertidumbre ante el futuro.

No obstante y aunque nos cueste aceptarlo, el Espíritu nos está abriendo también otras puertas hacia otro posible mundo, donde la economía sea solidaria y donde los pobres y los descartados por la sociedad sean la prioridad. Un mundo más ecológico, más sencillo y participativo. Uno que no invierta en armas, sino en salud y educación, con trabajo y salarios vitales dignos para todos. Un mundo más interconectado y pacífico, y más cercano al proyecto del reino de Dios.

A los cristianos nos abre la puerta a una Iglesia no clerical, ni patriarcal, donde haya más participación creyente y comunitaria del pueblo de Dios. A una Iglesia en salida a las periferias, más fermento que cemento y, por tanto, no encerrada en el templo. No intentemos, pues, reabrir las puertas que el Espíritu nos ha cerrado.

Nada de esto es mágico, sino que exige nuestra conversión, iniciativa, colaboración y creatividad para construir, entre todos, un mundo diferente, solidario y justo, y así transfigurar la realidad actual y abrirla a la nueva tierra, a la vida sin final y, en definitiva, al reino de Dios. ¿Seremos capaces de discernir en estas puertas que se cierran y esas otras que se abren un nuevo signo de los tiempos, una acción del Espíritu del Señor siempre nueva y sorpresiva?

Todo es gracia. En el horizonte hay utopía y un principio esperanza, la más pequeña de las virtudes teologales, pero la que más agrada a Dios. En formulación de una boliviana de un barrio popular de Cochabamba: “Diosito nos acompaña siempre”.

## 5. ¿Cómo salir del caos actual?

“Caos” es una palabra que sintetiza lo que estamos viviendo, a raíz de la pandemia de la covid-19. Imprevista y abruptamente, el virus ha sacudido de raíz la vida, la salud, la economía, el trabajo, las instituciones y las costumbres de la humanidad, y nos ha hecho sentir vulnerables. A pesar de la devastación, aún no tenemos una solución definitiva, ni un futuro claro.

El *Diccionario de la Lengua Española* define “caos” de una forma un tanto sorprendente: “Estado amorfo e indefinido que se supone anterior a la ordenación del cosmos”, “Confusión, desorden”. La definición alude al comienzo del libro del Génesis: “La tierra era caos y confusión (*tohu waboho*) y oscuridad por encima del abismo y un viento (en hebreo, femenino, la *ruah*) de Dios aleteaba por encima las aguas” (Gn 1,2).

La tradición eclesial ha interpretado este viento de Dios como una referencia al Espíritu Santo, cuyo aliento fecunda y da vida a toda la creación. En este sentido, el Espíritu, creador y dador de vida, es lo más opuesto al caos. Característica de este Espíritu bíblico es hacerse presente, precisamente, en momentos de caos, de dolor y de adversidad, en los momentos oscuros y trágicos de la historia personal y social, cuando el clamor de los afligidos sube al cielo desde el abismo.

Es el Espíritu que hace que mujeres estériles engendren jefes y personajes bíblicos importantes (Isaac, Jacob, Sansón, Samuel y Juan Bautista). El Espíritu que el profeta Ezequiel anuncia a los israelitas desterrados que se derramará sobre un campo de huesos humanos secos para que estos cobren vida (Ez 37,14). Es el mismo Espíritu que cubre con su sombra a María de Nazaret para que sea la madre de Jesús, el que descende sobre el carpintero de Nazaret, quien, junto con los pecadores, espera a ser bautizado por Juan, el que guía la vida de Jesús y el que, al morir en la cruz, lo resucita del lugar de los muertos.

Este es el Espíritu que Jesús prometió enviar a sus discípulos, después de su pasión, y el que el Señor Resucitado derrama con su aliento en los apóstoles, encerrados y llenos de miedo. Es el Espíritu que, en pentecostés, descende en forma de viento impetuoso sobre la pequeña comunidad primitiva de Jerusalén y sobre toda la humanidad. En la conocida expresión de san Ireneo, obispo mártir de Lyon (130-202), el Hijo y el Espíritu son las dos manos con las que el Padre nos crea y nos guía, a través de la historia.

Los cristianos creemos que este Espíritu actúa especialmente en momentos de confusión y desde el clamor del abismo. En consecuencia, está también presente en la actual situación de caos mundial.

Ahora bien, es erróneo pensar que todo va a cambiar milagrosamente, por la sola presencia del Espíritu. No podemos ser ingenuos y caer en el fácil eslogan



de que mañana, después de la pandemia, todo será mejor. Una cosa es el triunfo final del reino de Dios y otra su realización en la historia de cada día. ¿Existe el riesgo de querer volver a lo mismo de antes, a lo de siempre, después de la pandemia? ¿Cambió el mundo después de Auschwitz, Hiroshima y Nagasaki, de Chernóbil, de los incendios de la Amazonía y de Australia?

En consecuencia, hemos de ayudar al Espíritu, que siempre actúa a través de nosotros. Somos nosotros quienes, con su fuerza, nos hemos de convertir y cambiar de estilo de vida. Así, pues, debemos abandonar el orgullo de creernos señores y dueños de toda la creación, el machismo y el racismo, y la economía que enriquece a unos pocos ricos a costa de marginar a la gran mayoría de la humanidad y de destruir la naturaleza, contaminar la atmósfera y las aguas, eliminar los bosques y las selvas, provocar sequías, hambre y migraciones de poblaciones enteras.

El Espíritu nos impulsa en la actualidad a edificar un mundo diferente, más humilde, solidario, sencillo, sobrio y ecológico. Un mundo que cuide la casa común y se sienta vinculado con toda la creación. Un mundo con una economía solidaria y comunitaria, que evite las diferencias sociales actuales y que privilegie a los últimos, que invierta en educación, salud y vacunas, no en armas. Un mundo que no cierre las fronteras y los puertos a los inmigrantes. Un mundo abierto a la dimensión espiritual de la vida. Leonardo Boff ha dicho que el mundo, después de la pandemia, o será espiritual o no será.

Nada de esto será posible sin que todos paguemos el precio de cambiar el rumbo y el estilo de vida personal, familiar, social, político, cultural y eclesial. ¿Estamos dispuestos a ello, o simplemente queremos volver a lo de antes? Pidamos, pues, a Dios que nos envíe de nuevo el viento de su Espíritu, la *ruah*, para que aletee sobre nuestro caos y renueve la faz de la tierra.